

## CAPITULO XV.

## SUMARIO.

El monte de las Cruces.--El 30 de Octubre de 1810.--Orden de batalla.--Se rompen los fuegos.--Suspension de éstos, conferencias, accion infame de Trujillo.--Hidalgo.--Derrota de Trujillo, abandona el campo.--Parte que dá de esta accion al Virey.

El hermoso Valle de México en cuyo centro está situada la capital, se halla dividido del de Toluca, por una elevada sierra que lo limita por el Oriente, Poniente y Sur y por montes que aún conservan vestigios de volcanes en otro tiempo activos, su exubernante fertilidad y grande riqueza en toda clase de árboles y maderas, así como sus espesos bosques, presentan á la vista del espectador un brillante panorama. Por la parte del Sur descúbrese otro cuadro no ménos hermoso ni ménos rico en vegetacion, el de Tierra Caliente, perceptible desde el punto llamado la

Cruz del Marquez. La extension y altura de esta montaña es muy considerable, comenzando á elevarse en el bosque de Chapultepec hasta el Monte de las Cruces que es el punto mas elevado, y de allí se dá principio á descender hasta llegar á Toluca. Este punto verdaderamente militar (las Cruces) fué el que eligió Trujillo para defenderse, situándose en la curva que hace el camino viniendo de Toluca á México. Ocupada por su fuerza la parte practicable de aquel terreno, los independientes al emprender su ataque, tenian que luchar con todas las dificultades que presentan las sinuosidades y desfiladeros de este monte.

La luz del nuevo día, 30 de Octubre, vino á poner en movimiento á los dos ejércitos contendientes. El realista, asegurando mas y mas su posicion y colocándose en los puntos mas ventajosos para atacar y defenderse; el independiente, marchando y ascendiendo magestuosamente á la cima de aquel monte, presentaba un brillante panorama. Por primera vez se veia en aquellas soledades tanta vida y tanta animacion; la quietud secular de aquellas montañas, repentinamente fué reemplazada por la actividad y el movimiento; las avanzadas del ejército independiente situábase á tiro de fusil del enemigo; los realistas firmes en su puesto, esperaban tranquilos el ser acometidos. Por segunda vez iba á correr la sangre á torrentes, la derramada en Guanajuato no fué suficiente, la causa de los independientes necesitaba de un bautizo mas abundante y de mayor número de víctimas, triste condicion de la humanidad, que aún lo mas justo, solo puede obtenerlo á costa de grandes sacrificios!

Estando ya á la vista ámbos ejércitos, los caudillos formaron en línea de batalla del modo siguiente: el centro del ejército realista compuesto del batallon de Tres Villas,

estaba mandado por el jefe de aquella division D. Torcuato Trujillo; en la derecha rumbo á la capital, el sargento mayor D. José Mendivil con un regimiento y artillería á sus órdenes, á la izquierda el capitan D. José María Bringas, con caballería y á la derecha de ésta, el teuiente D. Agustin de Iturbide, con tres compañías de infantería. A las once presentó Hidalgo su columna de ataque, viniendo á la cabeza de ésta el regimiento de infantería de Valladolid, una parte del de Celaya y otra del de Guanajuato, cubriendo su retaguardia y costados los regimientos de la Reina, Príncipe y Pátzcuaro, con cuatro piezas de artillería ligera, siendo de estas dos de madera, servidas por los soldados de Guanajuato.

Cerca de las once de la mañana rompióse el fuego por ambos ejércitos, unos y otros pelearon con denuedo extraordinario; agresores y agredidos, veíanse en confusa mezcla tan pronto avanzando como retrocediendo; las piezas de artillería realista diezmaban horriblemente á las fuerzas independientes, que presentándose en masas compactas, hacian en ellas estragos horrorosos, el encarnizamiento de aquellos combatientes subia de punto; los rayos del fulgente sol de aquella mañana, parecia que temian penetrar en aquel cuadro, tal era el densísimo humo en que se veían envueltos los beligerantes.

Enardecidos los combatientes por aquella terrible lucha y en que unos y otros hacian prodigios de valor, no cejaban de su intento. Los independientes venciendo casi obstáculos insuperables, debido á lo sinuoso del terreno, presentábanse al enemigo en compactas filas, para momentos despues caer exánimes sobre sus mismas posiciones á consecuencia del terrible fuego de fusilería y metralla, con que eran recibidos por los realistas.

Estos, no obstante de estar perfectamente defendidos en sus ventajosas posiciones, veíanse abrumados, no tanto por el número de los independientes, cuanto por su extraordinario valor, porque allí debido á lo quebrado del terreno era imposible que todos atacasen á un mismo punto. Trujillo, Mendivil, Bringas, Pino y otros subalternos, luchaban con encarnizamiento, confundidos entre sus soldados, defendian palmo á palmo el terreno, unas veces avanzando y otras retrocediendo con grandes pérdidas.

Viendo Trujillo que no era ya posible resistir al enemigo, y que necesitaban sus valientes soldados un momento de descanso para reponer en algo sus agotadas fuerzas, y que de seguir en aquel combate en el estado que se encontraba su ejército, se seguiria en el acto su completa derrota, ocurrió á un medio que si bien en parte le dió resultado, porque logró asesinar á los bizarros independientes que se encontraban ya en el campamento enemigo luchando á la arma blanca, al fin fué derrotado, dejando en su vida como militar, una mancha que siempre lo deshonrará. Ese medio reprobado fué el siguiente: Hizo que repentinamente cesase el fuego de su tropa, el humo se disipa, al espantoso ruido, sucede el mas profundo silencio, y se puede percibir aunque con dificultad, que los combatientes hablan, que están en conferencias, descubriéndose en primer término al jefe realista que, acompañado del ayudante del regimiento de Tres Villas D. José Maldonado, hablaba con algunos independientes; ni Hidalgo, ni ninguno de los jefes caracterizados, sabia qué era lo que pasaba, ni por qué se habian suspendido los fuegos, cesando aquella terrible lucha. Unos cuantos minutos duró aquella tregua, cuando repentinamente, oyóse una voz de *fuego* y una descarga cerrada, hecha por los realistas, diezma bárbaramen-

te á los independientes; (accion villana é infame, ardid inícuo, asesinar traidoramente á los que con noble franqueza, se presentaban á conferenciar).

A tan indigno manejo, lanzáronse los independientes como leones sobre los realistas, destruyéndo todo cuanto á su paso se encontraba, sin dar cuartel á nadie, deseosos solo de vengar tan inaudito atentado. Ciegos de ira al ver asesinados á sus compañeros de una manera tan infame, pierden su formacion y lanzándose sobre el enemigo, cada uno quiere ser el primero en vengar tan sangriento ultraje. Mezclados y confundidos entre los realistas, luchan cuerpo á cuerpo, las armas de fuego conviértienlas en armas contundentes, con las que abren el cráneo á sus enemigos ó les hunden el pecho, haciéndoles arrojar torrentes de sangre por boca y narices, multiplicánse lances ya no de valor, sino de verdadera temeridad, la táctica y disciplina ceden su puesto al valor personal, convirtiendo los combatientes, cada uno de sus miembros, en arma terrible; lucha de titanes y digna de figurar entre las mas celebradas por los historiadores. Trujillo viendo que no habia esfuerzo humano que pudiese contener el empuje de aquellos leones y que amenazaban aplastarlo y arrollarlo, dió orden para que su destruido ejército se retirase, llevando aquellos valientes en cada herida, un signo indeleble de su bizarria y heroismo. En este violento ataque, fueron heridos mortalmente el sargento mayor Mendivil, y el capitán Bringas, y muerto el subteniente D. Pedro Gutierrez de Porta. Con sumo valor é inteligencia se manejó el teniente D. Agustin Iturbide.

Hidalgo, colocado en el punto mas alto de aquella montaña, (es el mismo sitio donde hoy está levantado un monumento á la memoria de este ilustre caudillo), presencia-

ba y dirigia los movimientos de su valiente ejército, que desprovisto de lo mas necesario, luchaba con heróico denuedo contra sus enemigos, subiendo por veredas y desfíladeros casi inaccesibles. Viendo que el ejército realista, iba siendo desalojado de todos los puntos que ocupaba y que evidentemente al fin tendria que huir rumbo á la capital, ordenó que inmediatamente una fuerte seccion de caballería, bajase por la parte mas practicable de aquel terreno, con el objeto de flanquear al enemigo, colocándose á su retaguardia para impedirle la retirada.

Viéndose Trujillo rodeado por todas partes de los independientes, desalojado de sus posiciones mas fuertes, heridos y muertos los principales jefes, y expuesto á quedar enteramente cortado, porque los independientes ya ocupaban con avanzadas el camino para la capital, (y que de prolongar por mas tiempo aquella lucha, tendrian todos que sucumbir), trató de salvarse á todo trance, huyendo, para cuyo objeto tomó dos compañías del regimiento de Tres Villas, abandonando al enemigo las piezas de artillería, carros, parque y salvarse él con los que pudiese abriéndose paso á viva fuerza, para replegarse á la capital. Con este fin, haciendo un esfuerzo extraordinario, logró abrirse paso por entre los enemigos, siguiéndole la demas fuerza hasta Cuajimalpa, en donde hizo alto para defenderse de un trozo de caballería independiente que lo venia persiguiendo. Iturbide salvó en su caballo al sargento Mayor D. José Mendivil que á consecuencia de las heridas, no se hallaba en aptitud de caminar; el capitán Bringas fué conducido en una camilla habiendo muerto á los pocos dias. Al siguiente dia pernoctó Trujillo con su destruida fuerza en Santa Fé, y al otro entró en México. A fin de que el lector pueda formarse una idea mejor de esta accion, á continuacion inserto el parte de

Trujillo, reservándome hacer las observaciones que del mismo parte se desprenden.

#### PARTE DEL MONTE DE LAS CRUCES.

«Exelentísimo Señor:

«El día 27 adquirí en Toluca por una partida de dragones que tenía destacada en el puente de D. Bernabé y por mis espías, noticias que me determinaron á atacar á los insurgentes que se hallaban en Ixtlahuaca ó en las alturas inmediatas. Ya me hallaba en marcha, cuando á las siete de la noche me encontré á la partida del mismo Puente precipitada y fugitiva por los enemigos, cuyo extraordinario número me exageró. Perdido ya el puente y las posiciones inmediatas, fué preciso invertir mi marcha y retirarme á Lerma, distante cinco leguas, que me ofrecía una buena posición en su puente. Llegado allí á las doce de la noche, dispuse una cortadura y formé un parapeto en términos que un corto número de tropas, pudiese sostener aquella principal avenida, y tomé, despues de reconocidas mi derecha é izquierda, las ordinarias disposiciones de cubrir ambos costados.

«En todo aquel día no se avistaron los enemigos, pero sospeché y lo confirme el siguiente 29, que habían marchado hácia el puente de Atengo, para pasar por él y envolver mi posición que distaba cinco leguas. Con esta prevision destaqué una partida y oficié al subdelegado de Santiago Tianguistengo, la auxiliara con los trabajadores necesarios para cortar aquel puente, único paso para los enemigos; pero esta operación se ejecutó mal y quedó frustrada mi precaución.

«Hecho la descubierta del 29, se presentaron los enemigos en bastante fuerza, apercibiendo atacarme por el camino de Toluca, salió el capitán del regimiento provincial de Tres Villas D. Pedro Pino con su compañía, que los ahuyentó matándoles algunos y haciéndoles prisioneros. Volvieron á cargar, pero fueron de nuevo perseguidos por el capitán de dragones de España D. Francisco Bringas y un corto número de los patriotas que mandaba, ahuyentándolos mas de una legua, matando y haciendo prisioneros, todo con un valor y bizarría digna del mayor elogio.

«En este estado recibí parte del comandante de la izquierda situado en el puente, de que los enemigos se dirijian á él, y pidiendo le enviase refuerzos; así lo verifiqué, destacando al capitán de Tres Villas D. Antonio Argüelles con cincuenta hombres del mismo cuerpo, y al de dragones de España D. José Pérez con veinte caballos. Los rebeldes forzaron el paso antes de que llegasen estas tropas, las cuales hicieron frente á los enemigos, y me participaron que se dirijian por el camino de Santiago, á tomarme la espalda y ocupar el camino único para mi retirada.

«Sin perder un instante mandé orden á las dos compañías del provincial de México que marchaban á reunirse-me, de que retrocediesen y se situasen en el Monte de las Cruces, paso indispensable para esa capital. Hice marchar tambien á él uno de los batallones de Tres Villas, dejando al otro para sostener el puente de Lerma á las órdenes de su sargento mayor D. José Mendivil y dando á todos mis puestos por reunion general el de las Cruces, me dirijí allá activando la marcha de las tropas para prevenir á los enemigos que trataban de ocuparlo con una marcha rápida, logrando yo ganar media hora á los insurgentes que se

nos acercaron á las cinco de la tarde, pero fueron reprimidos por el fuego de la gran guardia y avanzada.

«En este punto se me reunieron Mendivil y el capitán Bringas, que sostuvo con la caballería su retirada del Puente de Lerma á las cinco de la tarde, dejándolo aún defendido por el capitán de Tres Villas D. Pedro Pino, que se ofreció voluntariamente con veintidos hombres, teniendo á su frente una columna como de dos mil enemigos, á pesar de lo cual no abandonó su puesto, hasta bien entrada la noche.

«Reunidos todos en las Cruces, fuimos atacados á las ocho de la mañana del 30, empezando la acción por la gran guardia de caballería del camino real, la cual obró con mucha bizarría, hasta el extremo de que un cabo y cuatro dragones se mezclaron peleando con mas de cincuenta enemigos, en los que hicieron grande estrago á costa de quedar muerto el cabo y heridos dos de los dragones.

«El bizarro Bringas salió de la posición, mató algunos enemigos y rechazó á los restantes hasta perderlos de vista y proporcionó que supiese por uno de los prisioneros que trajo, que todas las fuerzas enemigas debían atacarme dentro de breve rato. Distribuí la mía aprovechando las ventajas del terreno, y prometiendo buena recompensa á mis soldados si se portaban bien, gritaron todos, que preferían á cualquier otro interés la gloria de pelear como soldados fieles á su rey y á su patria.

«A esta hora llegaron á mi puesto los dos cañones que V. E. me remitió con la escolta de cincuenta patriotas, dirigidas por D. Antonio Bringas, y ciento cincuenta lanceros de caballería de las haciendas del benemérito patriota D. Gabriel Yermo, todo al mando del teniente de navío de la real armada D. Juan Bautista Uztariz, á quien ordené

dispusiese la colocación de los dos cañones en los puestos que me parecieron mas ventajosos, cubriéndolos de ramas para ocultar su vista á los enemigos, y aumentarles la confianza para que avanzasen. Dispuse así mismo que las partidas de guerrilla se fuesen replegando con orden á mi línea, sin empeñarse en acción alguna hasta estar en mi inmediación y hacer mayor destrozo en los enemigos.

«Serían las once de la mañana cuando los rebeldes se dejaron ver en columna de ataque, y á su cabeza cuatro piezas de artillería, siguiendo á éstas las compañías de infantería de Celaya, el regimiento de la misma clase de provinciales de Valladolid, batallón de Guanajuato, siendo éstos los que manejaban la artillería, y teniendo por costados y retaguardia, el regimiento de dragones provinciales de Pátzcuaro, Reina y Príncipe con toda su caballería, compuesta de lanceros y demas paisanaje armado; precediendo á estos por frente y costados gran multitud de indios, cuya confusa gritería, creo no tenía otro objeto, sino el de intimidar á mis valientes soldados.

«Vista la posición de los rebeldes y su inmediación á mi línea, mandé romper el fuego á metralla á la artillería, que lo ejecutó con el tino y firmeza que este real cuerpo acostumbra, y se consiguió deshacer la cabeza de su columna, la que retrocedió y rompió los fuegos de su artillería con las cuatro piezas ya dichas, todo para imponer, aunque su infantería no se disponía á atacarme como lo esperaba. Advertido este movimiento, dispuse que el valiente capitán Bringas saliese de la emboscada á donde lo tenía situado con los patriotas y lanceros, precedido de dos compañías de mi regimiento, la una de los cazadores que había nombrado al mando del subteniente D. Ramon Reyes, para que por el flanco derecho de los enemigos los ataca-

se, valiéndose de la buena situación para la infantería y proximidad para que la caballería les cargase luego que advirtiesen el movimiento de mi derecha, que era un monte inaccesible por su espesura de pinos, y gran pendiente, á donde mandé dos compañías de dicho mi regimiento y otra del provincial de México; todas las conducía con mis órdenes el teniente D. Agustín de Iturbide para que las colocase y las dejase situadas, rompiendo el fuego sobre los rebeldes y sobre su flanco izquierdo.

«Esto no llegó á tener efecto, pues á la medianía del monte se encontraron con los enemigos que subían y rompieron el fuego contra ellos, rechazándolos y causándoles una enorme pérdida, y de consiguiente los rebeldes notaron por el fuego mis movimientos y designio. Bringas que tenía ménos que andar y camino mas despejado, no se detuvo en atacar á los enemigos y lo mismo hizo el valiente subteniente D. Ramon Reyes con su compañía de cazadores, los que parapetados con la otra de fusileros rompieron un fuego granado sobre las tropas de los rebeldes, que cargaron conociendo su riesgo, con toda su fuerza de infantería y de caballería; pero nada bastó á hacer que abandonasen su puesto en desórden, y si despues de haber hecho un gran estrago en estas tropas que confiadas en la superioridad de su número creían arrollar las mías.

«Tuvimos alguna pérdida en este punto; pero fué con extremo excesiva la de los rebeldes, y mas de oficiales de graduacion que los conducían al ataque, y á este tiempo ocurrió la desgracia de que Bringas fuese gravemente herido en este punto, y aunque las tropas desmayaron algo por esta acción, no por eso Bringas perdió su serenidad y constancia, pues luego que los patriotas lo pusieron á caballo, no dejó de hacer los esfuerzos que su honor y sin-

gular deseo por la buena causa le inspiraba, retirándose con el mejor órden á la posición de donde habían salido.

Las demas compañías de mi derecha se volvieron á replegar á la línea, pues el gran número de enemigos y lo dilatado del cerro, hacia entrasen hasta mi centro, por lo que me ví en la precisión de reconcentrar mi línea en el pequeño plano que hay sobre el camino real, á donde tenía colocado un cañon giratorio, y esperarlos saliesen fuera de los bosques, á donde la metralla se aprovechase. En el interin, el sargento mayor D. Josef Mendivil sostenía con serenidad y bizarría la avenida principal de los rebeldes, y al mismo tiempo sostenía el otro cañon, que constantemente les hacia un horrible fuego. Mendivil se adelantó con dos compañías por su flanco izquierdo, para aprovechar con mas ventaja las fugas, pues los enemigos hicieron otro movimiento sobre su derecha y les hizo un fuego terrible, no siendo ménos el que los rebeldes hacían con su artillería y fusilería; pero á pesar de su superioridad en número y facilidad que les ofrecía el terreno, no se atrevieron á adelantar un paso, y Mendivil, siempre firme, tuvo la delicadeza de no retirarse ni abandonar su puesto, á pesar de estar herido, concluyendo en este punto con todas las municiones de artillería, y manteniendo con la infantería los puntos que le había destinado. No puedo ménos de recomendar á V. E. al subteniente D. Pedro Gutierrez de Porta, quien con un valor ejemplar animaba la tropa, y él mismo, viendo que eran muertos dos artilleros y otros dos heridos, se honró con el ejercicio de tal, ayudando á los demas restantes, para que no cesasen los fuegos: tuve el gusto de presenciar esta acción, como otras de los soldados de mi cuerpo agregados al servicio de artillería, y al mismo tiempo el gran sentimiento de que un ofi-

cial tan bizarro pereciese en aquel punto, dando hasta la última hora las señales mas ciertas de su honor y deseos por el mejor éxito: V. E. espero dará la debida recompensa á la familia de un oficial tan benemérito.

«Viendo los rebeldes que por el camino real nada podian adelantar, y que toda su indiada estaba arredrada y mucha parte muerta, no pudiendo conseguir entrasen mas á donde encontraban la muerte, subieron al abrigo á la espesura de los montes para atacarme por mis flancos y á retaguardia; así lo hicieron por espacio de tres horas y en gran número, principalmente de sus tropas y lanceros de caballería, estos cobardes en esta situacion, y la salida del monte sobre el plano que yo me habia situado, me propusieron varias veces fuese tan rebelde é infame como ellos, y hasta oficiales de mi mando, creídos en que sus proposiciones eran tan justas como la causa que defendiamos, me hicieron salir tres veces al frente de mi linea para tratar con dichos rebeldes, acompañado del ayudante mayor del regimiento de las Tres Villas D. José Maldonado, y oyendo sus disparates y seducción grosera, los acerqué hasta bien inmediatos de mis bayonetas, y recojiendo el teniente coronel D. Juan Antonio Soper un estandarte de Nuestra Señora de Guadalupe que venia en las sacrílegas manos de estos infames, mandé la voz de fuego á la infantería que tenia, con lo que concluí con la canalla que tenia delante y las seducciones, quedando libre de que me volviesen á molestar para tales casos. En esta situacion el capitán Bringas, que á pesar de estar moribundo exhortaba á sus patriotas con las veces de *«vamos, adelante hijos, míos, y no nos dejemos vencer»*, haciéndome notable falta este oficial, á pesar de que el capitán de dragones de España, D. Joaquin Perez, y el teniente del mismo regimiento, D. José Villamil, con sus drago-

nes y la demas caballería, auxiliados con su infantería, atendiamos á todas las salidas del bosque, atacándolos donde se presentaban, y siempre rechazándolos y haciéndoles volver la espalda.

«En esta situacion peleamos hasta las cinco y media de la tarde, hora en que las municiones estaban concluyendo, y que los enemigos habian salido de mi frente por el camino real, y establecido sobre su derecha una bateria donde enfilaban mi situacion, me dirigí al cañon giratorio, y haciéndoles fuego sobre dicha bateria, al tercer tiro les acallé sus fuegos incendiándoles un cañon de madera y otro de bronce con los cortos tiros que me quedaban, y reflexionando la mucha fatiga de mi trópa, la falta de víveres que tenia hacia dos dias, en los cuales se comió con la mayor escasez, la falta de municiones de artillería, los enemigos que cada vez se reforzaban sobre el camino real de mi espalda; y que era preciso conservar cuatro ó cinco cartuchos de fusilería, para emprender mi retirada por trozos que era el destino de mis tropas, fué el primero que despues de dar las competentes órdenes por el teniente Iturbide y el comandante de la artillería Uztariz, de que la artillería fuese clavada, desfondada y luego despeñada, lo que supe fué ejecutado conforme lo previne, me puse á la cabeza de dos compañías de mi regimiento para desalojar á los enemigos del Puente y camino real de mi espalda que se habian apoderado y cargaban en gran número, me dirigí en columna cerrada y marchando les hice fuego de frente y derecha con lo que los hice ahuyentar, siguiendo mi marcha en la misma formacion y continuando la misma tropa y la misma oficialidad á mi ejemplo, y no sin trabajo pues los rebeldes estaban emboscados en toda la orilla del camino, y á todos los molestaban sin tener valor de